

SAN MARCOS, EVANGELISTA

Día 25 abril

P. Juan Croisset, S.J.

Fue San Marcos judío de origen, y se conoce por su estilo que estaba más versado en la lengua hebrea que en la griega. Era originario de Cirene, en la provincia de Pentápolis; asegura Beda que era de familia sacerdotal. Bien pudo vivir en tiempo de Jesucristo; pero se tiene por cierto que no fue del número de sus discípulos. Fue, sí, uno de los primeros que convirtió el apóstol San Pedro después de la venida del Espíritu Santo, y por eso le llama *hijo* en su primera epístola, por haberle engendrado en Jesucristo.

Por su fervor, por su celo, por su devoción y por el grande amor que profesaba á su maestro, le escogió éste por compañero suyo en los viajes, haciéndole su intérprete y confidente. Acompañóle á Roma, donde Marcos tuvo gran parte en lo que San Pedro hizo y padeció para plantar la fe de Cristo en aquella capital del mundo. Sembraba San Pedro, regaba San Marcos, y Dios hacía crecer en abundancia el número de los fieles; tanto, que apenas se hablaba de otra cosa que de la fe de los romanos.

Precisado San Pedro á ausentarse de Roma por atender á las otras funciones de su apostolado, dejó en ella á su amado discípulo Marcos, que cultivó aquella viña con felicidad. En este tiempo fue cuando los fieles de Roma, inflamados cada día más y más en el amor de la verdad, y penetrados de los grandes misterios del Evangelio que San Pedro les había predicado, rogaron á

San Marcos que los dejase por escrito la historia evangélica, para tener el consuelo de conservarla en la memoria y de repasar muchas veces la doctrina que habían oído al Apóstol. Vencido nuestro Santo de sus piadosas instancias, escribió lo que había oído al Príncipe de los Apóstoles, ya en sus instrucciones públicas á los fieles, ya en las conversaciones familiares y privadas. No se detiene San Marcos en referir las cosas según la cronología exacta de los tiempos, sino en observar una grande exactitud y precisión en los hechos que refiere, cuidando sobre todo de no omitir cosa alguna de cuantas había oído de la boca de su maestro, y de seguir fielmente las luces del Espíritu Santo, por cuya inspiración y orden escribía.

Supo San Pedro por divina revelación, estando ausente, que San Marcos había escrito el Evangelio; y, vuelto á Roma, lo aprobó y mandó que se leyese en la iglesia. Es este Evangelio, en su mayor parte, como un compendio del de San Mateo, aunque, en algunas cosas, en pocas palabras añade circunstancias muy considerables. Apunta San Crisóstomo que fue San Marcos más breve que los otros tres evangelistas, por imitar á San Pedro, que gustaba hablar poco. Y dice Eusebio que, como sólo escribió lo que oyó al mismo San Pedro, omitió todo lo que Cristo dijo en tanta gloria y honra de este apóstol, después que le confesó por hijo de Dios vivo; y que, callando también el milagro de cuando caminó San Pedro por el agua, arrojándose al mar en busca de su Maestro, se detiene, por el contrario, en referir muy despacio y con muchos detalles todo lo que podía ceder en humillación del Apóstol, como el lance de sus tres negaciones, que le costaron tantas lágrimas, del cual hablaba el humildísimo Apóstol con mucha frecuencia.

Escribió San Marcos en griego su Evangelio, por ser

ésta la lengua más común en aquel tiempo, no sólo en el Oriente, sino dentro de la misma Roma, donde todos hablaban mas en griego que en latín, hasta las más ínfimas mujercillas, como se queja y lo satiriza un poeta. También se valió San Pedro de nuestro Santo para escribir la, epístola á los fieles de diferentes provincias de Asia, y aun San Jerónimo cree que todo el estilo es de San Marcos, y que San Pedro sólo le dictó la sustancia. Asegúrase que San Pedro envió á San Marcos á Aquileya, y que se detuvo dos años y medio en aquella ciudad, donde convirtió á la fe gran número de personas, y fundó aquella iglesia, que en los primeros siglos fue muy célebre en el Occidente.

Habiendo sido expelidos de Roma todos los judíos por decreto del emperador Claudio, por los años de 49 del Señor, fue San Marcos, de orden de San Pedro, á Egipto, para predicar el Reino de Dios en aquel vasto país y en todas las provincias que dependían de él. Llevó consigo el Evangelio que había escrito, para que las naciones á quienes enseñase de viva voz tuviesen después la misma comodidad que los romanos; porque la lengua griega era, por decirlo así, la lengua de comercio en todo el Oriente, y se usaba aún más en Alejandría que en Roma.

Lleno San Marcos de aquel mismo espíritu que animaba á los Apóstoles, sólo suspiraba por introducir en todas partes la luz de la religión. Desembarcó en Cirene, de la provincia de Pentápolis, donde obró muchos milagros, y logró gran número de conversiones. Abriendo los ojos aquellos pueblos idólatras á las verdades que les predicaba el nuevo apóstol, hicieron pedazos los ídolos y echaron por tierra las estatuas que habían consagrado á los demonios. Desde allí pasó á las otras partes de Libia, esto es, á aquellas provincias que se llamaban Marmorica y Amoniaca, en las cuales trabajó doce años,

y en todas con el mismo buen suceso. Penetró hasta el alto y bajo Egipto, en una y en otra Tebaida, y echó el Señor tantas bendiciones á sus apostólicos trabajos, que aquellos pueblos donde había reinado el paganismo por espacio de tantos siglos, con tanta obstinación; que eran los más adheridos alas supersticiones más groseras de la idolatría, fue en lo sucesivo aquella tierra afortunada, dichosa habitación de tantos santos anacoretas; y, en fin, la tierra más agradecida de todo el universo, donde más y mejor fructificó el grano del Evangelio.

Después que San Marcos desmontó aquel vasto campo cubierto de malezas, resolvió pasar á predicar la fe en la misma Alejandría, que á la sazón era, después de Roma, la ciudad más principal del imperio. Habiendo, pues, dejado á sus discípulos para que cultivasen la nueva cristiandad, partió á la corte y cabeza del Oriente, para cuyo apóstol le tenía destinado el Cielo.

Refiérese en las actas más antiguas, que al entrar en la ciudad, habiéndosele descosido una sandalia, se la dio á componer á un zapatero, el cual, por descuido, se picó con la lesna, y en aquel primer movimiento de dolor exclamó sin libertad: *¡Ay, Dios mío!* Porque, como observa Tertuliano, hasta ahora no ha podido conseguir la más ciega y más estragada idolatría que el alma en sus primeros movimientos naturales no parezca como naturalmente cristiana, reconociendo á un solo Dios verdadero. Tomó ocasión San Marcos de la exclamación y grito de aquel pobre zapatero para darle á conocer al único y verdadero Dios, á quien él invoca sin advertirlo; y aplicándole un poco de lodo á la herida, haciendo sobre ella la señal de la cruz, se cerró al instante. Aniano, que así se llamaba el zapatero, admirado del milagro, y prendado del aire grave, modesto y mortificado de San Marcos, le instó para que entrase en su casa, descansase y refrescase en ella con todos los de su comitiva; y al

mismo tiempo quiso instruirse de la verdad por medio de las preguntas que hizo á su huésped. Después de suficientemente instruido, fue bautizado con toda su familia, y con otras muchas personas que se convirtieron por la doctrina y milagros de San Marcos, haciendo Aniano en poco tiempo tantos progresos, así en el conocimiento como en el ejercicio de las virtudes cristianas, que dos años después le hizo San Marcos obispo de Alejandría; y éste fue el principio de la religión cristiana en aquella gran ciudad.

Multiplicóse tan prodigiosamente en poco tiempo el número de los fieles, que San Marcos se vio precisado á instituir en Alejandría varias iglesias ó parroquias donde se les instruía en los misterios de la fe, se partía y se distribuía el sagrado pan de la Comunión. Creció el fervor con el número de los nuevos cristianos. Movidos muchos de ellos de un ardiente deseo de aspirar á la más elevada perfección, se determinaron añadir la práctica de los consejos evangélicos á la observancia de los preceptos; y en poco tiempo se llenó, no sólo aquella gran ciudad, sino todo su territorio, de héroes cristianos, que, renunciando todas las conveniencias y regalos de la vida, se ocupaban únicamente en Dios, pasando los días en el ejercicio de muy rigurosas penitencias, en la lección de la Sagrada Escritura y en la meditación de las verdades eternas. Como la mayor parte de estos fervorosos cristianos era de la nación hebrea, y conservaban todavía muchas ceremonias judaicas, Filón creyó que eran judíos, y son aquellos contemplativos de Egipto, llamados *Terapeutas*, nombre que significa los *que están particular y únicamente dedicados á servir á Dios*; y ésta fue como la semilla de aquel prodigioso número de solitarios que algunos siglos después poblaron el Egipto y la Tebaida.

Tantas y tan ruidosas conversiones no podían menos

de excitar alguna violenta persecución. Amotinóse toda la ciudad contra San Marcos, á quien llamaban el *Galileo*, que sólo había venido, como decían ellos, para echar por tierra los ídolos y arruinar el culto de los dioses. Viendo el Santo alborotado al pueblo, y previendo las consecuencias de la persecución, dio las providencias convenientes, para él bien de su Iglesia, y consagró por obispo de ella á San Aniano, que está tenido por el primer obispo de Alejandría; porque, aunque San Marcos lo fue antes que él, más se le considera como apóstol que como pastor de un determinado rebaño.

Después de haber proveído de esta manera á las necesidades espirituales de la iglesia de Alejandría, volvió San Marcos á visitar á sus amados hijos en Cristo, que había dejado en Pentápolis, y gastó dos años en visitar aquellas provincias y en consolar á los fieles, cuyo número, piedad y devoción crecían cada día. Vuelto á Alejandría, comenzó á disponerse para el sacrificio de su vida que había de hacer á Jesucristo, el cual no se dilató mucho; porque, un día que el pueblo de aquella ciudad celebraba la fiesta de su ídolo Sérapis, comenzó á gritar furioso: *Búsquese con toda diligencia, y sea sacrificado á nuestra justa cólera, el enemigo de nuestros dioses*. Poco tiempo gastaron en buscarle, porque le encontraron en el altar ofreciendo á Dios el divino sacrificio. Arrojáróse sobre él, echáronle una soga al cuello, y, arrastrándole por las calles, gritaban: *Llevemos este buey á Bucoles, para llevarle después al matadero*. Era Bucoles un sitio cerca del mar, lleno de peñascos, entre los cuales había algunas praderas donde pastaban los bueyes de la ciudad. Mientras le arrastraban de esta manera desde la mañana hasta la noche, quedando la tierra regada con su sangre, y viéndose en ella algunos pedazos de carne que se desprendían del santo cuerpo con la fuerza de los golpes, el Santo no hacía más que dar mil gracias á Dios y cantar sus alabanzas. Habiendo cerrado la noche, le

metieron en un espantoso calabozo, donde Cristo se le apareció, le consoló y le aseguró que presto sería con El en su Gloria.

Apenas amaneció el día siguiente, cuando le sacaron de la cárcel y le volvieron á arrastrar por las calles con la misma algazara é inhumanidad que el día precedente, hasta que en fin rindió su alma á Dios, y consumó su martirio á los 25 de Abril del año 68, en cuyo día toda la Iglesia latina y griega celebra su fiesta.

Intentaron los gentiles quemar el santo cuerpo; pero, habiéndose levantado de repente una furiosa tempestad que los hizo retirar más que de paso, los cristianos se aprovecharon de la ocasión, y le enterraron en un hueco ó concavidad abierta en uno de los peñascos de Bucoles, donde solían juntarse para hacer oración. En el año de 316 se edificó en aquel sitio una magnífica iglesia, en la cual, en el sexto siglo, se conservaba todavía el manto ó *pallium* de San Marcos que el obispo alejandrino se ponía antes de tomar posesión de su Silla episcopal.

Aunque en el octavo siglo estaba ya la ciudad de Alejandría en poder de los sarracenos ó de los árabes mahometanos, todavía se conservaban en ella estas preciosas reliquias con singular veneración, encerradas en un sepulcro ó urna de mármol que se veía delante del altar de una iglesia, en lo último de la ciudad, hacia la parte del mar, lo que muestra que las habían trasladado del lugar donde las habían enterrado al principio.

En el año de 870 era ya opinión pública, y universalmente recibida, que el cuerpo de San Marcos no estaba en Alejandría, porque los venecianos le habían hurtado secretamente, bien persuadidos á que era un grande acto de religión libertarle del furor de los mahometanos y de los árabes. Está debajo de la

protección de San Marcos esta Serenísima ciudad, y el día 25 de Abril se celebra en Vénecia la fiesta del santo Evangelista, con solemnidad verdaderamente augusta. También se celebra en ella con singular magnificencia la fiesta ó la memoria de su traslación el día 31 de Enero, y el 25 de Junio se celebra otra tercera fiesta con el título de la *Aparición de San Marcos*, esto es, de la invención ó descubrimiento de su santo cuerpo, que fue hallado en el siglo xi, habiéndose ignorado por mucho tiempo el sitio donde estaba escondido aquel precioso tesoro.

LETANÍAS MAYORES EN SAN PEDRO DE ROMA

En el mismo día celebra la Iglesia la institución de las Letanías mayores, hecha por San Gregorio el Grande el año 590, para aplacar la cólera de Dios, que se experimentaba en Roma con efectos muy sensibles, por la cruel peste que desolaba la ciudad. Queriendo aplacar la ira de Dios aquel insigne pontífice, ordenó que por tres días consecutivos se hiciesen procesiones generales y oraciones públicas. Llamáronse entonces *Letanías septenarias*, porque disponiendo el Santo que todos los fieles se distribuyesen en siete coros, mandó que á un mismo tiempo saliesen todos de siete iglesias diferentes, como para formar otras tantas procesiones. No le engañó al fervorosísimo Pontífice su grande confianza en la intercesión de la Santísima Virgen y de los santos; porque, llevando en la mano la imagen de Nuestra Señora, que se cree comúnmente haber sido pintada por San Lucas, al llegar cerca de la mole de Adriano se dejó ver sobre ella un ángel en ademán de quien metía en la vaina una espada desenvainada que tenía en la mano, y desde aquel punto cesó el azote de Dios: y el castillo que se levantó después en aquel mismo sitio se llamó, y se llama hoy en memoria de esta aparición, *castillo del Santo Ángel*. Y porque se cree que estas procesiones fueron instituidas el día 25 de Abril,

consagrado á la memoria de San Marcos, por eso hace la Iglesia en este día su conmemoración aniversaria.

**DOMINICA PRÓXIMA SIGUIENTE AL DÍA 25 DE ABRIL
LA B. VIRGEN MARÍA DE MONTSERRAT,
PATRONA DEL PRINCIPADO DE CATALUÑA.**

A principios del siglo vii las tropas de los sarracenos, en sus correrías por la Península, devastaban las regiones más ricas de España, apoderándose de casi toda ella. Después de haber sitiado á Barcelona entraron en esta ciudad, sometiendo á sus habitantes al opresor yugo de la impía morisma. Su obispo Pedro no quiso dejar expuesta á la insolencia y al furor de los sarracenos una imagen insigne de la Bienaventurada Virgen María que, según la piadosa tradición, procedía de Jerusalén y era una de las obras de arte de San Lucas, por lo que en Barcelona se la llamaba la *Jerosomitana*; y con el mayor silencio la sacó de la ciudad y llevó á la alta montaña de Monte Serrato (que antes, según unos, se llamó monte *Estorcit*, ó *Serroso*, según otros), cerca de Manresa, á la derecha del rio Llobregat. Constituyen la mole de Montserrat rocas altísimas y escarpadas que cierran su circuito, dejando pequeñas entradas, angostas y difíciles, entre las que está el barranco que va al Bruch. El piadoso obispo escondió tan preciosa alhaja en una cueva de esta montaña, para mayor seguridad.

En este sitio permaneció oculta esta sagrada imagen casi dos siglos. En el año 880, tres pastores del lugar llamado Aulesa guardaban de ordinario sus ganados al pie de la montaña descrita, en las riberas del Llobregat; y á la caída de la tarde de un sábado divisaron hacia el Oriente unas estrellas que parecían caer del cielo, dando claridad á tan tenebroso contorno, y oyeron suave música, cuyos ecos resonaban en las colinas de aquella

región. Como esto mismo les sucediese varias veces, ocurriendo siempre á la misma hora de un sábado, se aseguraron de que no era ilusión de la fantasía y sí una realidad, y llenos de santo temor y de gozo pusieron el hecho en conocimiento del obispo de Vich, que residía entonces en Manresa por la persecución de los bárbaros. Este prelado, luego que se cercioró personalmente del prodigio, procedió á explorar la inaccesible cordillera con el debido acompañamiento. Y allí, al fin, en una cueva entre peñascos, como en su natural casita, encontró y veneró con respeto y gozo una preciosa imagen de la Madre de Dios con su divino Hijo en los brazos. Postrados igualmente todos los circunstantes, adoraron la sagrada imagen.

Dudó el obispo si dejarla en aquel lugar tan retirado ó trasladarla á otro punto donde fuese más venerada; y determinó llevarla á Manresa. A este efecto, acompañado del clero y del pueblo, rebosando de alegría, el obispo salió de la cueva, donde fue hallada, con la santa imagen, y al llegar al sitio en que hoy están el santuario y el monasterio, fatigados por el mal camino, se detuvieron un poco, como para descansar y emprender de nuevo la jornada al término prefijado. Al echar á andar, la veneranda imagen se hizo súbitamente tan pesada, que ninguna fuerza humana pudo separarla de aquel lugar. Y así, por este nuevo prodigio, se descubrió que la misma muy augusta Madre de Dios había señalado el término de su viaje y elegido aquel sitio para recibir en él, como en elevado trono de su gloria y misericordia, los obsequios, las preces y los votos de los pueblos fieles. Por lo que se construyó allí mismo la primera capilla, para guardar tan hermosa imagen, á expensas de Gotomaro, obispo de Vich.

A la mitad de la falda de la montaña se halla el famoso monasterio en que se venera la imagen de la

Virgen. Subiendo á él, antes de llegar, se encuentra la iglesia de Santa Cecilia, y después la capilla de San Miguel, y á la parte Sur de ésta hay unos despeñaderos muy grandes, cortados perpendicularmente hasta las orillas del Llobregat. En sus laderas, y hacia Oriente, debajo de una altísima peña, entre dos piramidales cerros, está la cueva en que fue hallada la milagrosa imagen de Montserrat, alzándose en este sitio una hermosa capilla, que se comunica con el monasterio por un camino abierto entre terribles precipicios y de medio kilómetro de longitud. En las puntas y picachos de las rocas se ven aún hoy esparcidas algunas ermitas, construidas unas en las profundas concavidades, otras en las mismas cimas, y que han sido albergue en remotos tiempos de santos varones dados á la soledad y á la penitencia.

Construida la capilla y colocada en ella la sagrada imagen, el piadoso obispo encargó al cura de Aulesa el cuidado de su asistencia y servicio, comenzando desde aquel punto á obrar la Virgen tantas maravillas y milagros, que fuera imposible referirlos todos. Después, ya con la protección de los condes de Barcelona y las donaciones de otros fieles, ya con la munificencia de los romanos pontífices y de los reyes de España, habiéndose construido un espacioso monasterio del sagrado Orden de San Benito, se engrandeció tanto el templo en esplendor y santidad, que en poco tiempo el nombre y la devoción de la Virgen de Montserrat se extendieron por las regiones más remotas del mundo. En el altar mayor de la iglesia está el trono riquísimo de la Virgen; está sentada, y es su rostro tan hermoso y grave, que mueve juntamente á consuelo y á amor, y á veneración y respeto; el color de su rostro es moreno, y tiene los ojos vivos y hermosos. Sobre sus rodillas está sentado su precioso Hijo como de pocos meses, y su sacratísima Madre tiene puesta su mano izquierda sobre el hombro

izquierdo del Niño, y la derecha la saca por el costado derecho de su Hijo.

Son grandiosos los efectos que causa la vista de esta majestuosa y sagrada imagen; porque muchos de los peregrinos que visitan su santuario se sienten tan trocados, que se arrojan á los pies del confesor con dolor y arrepentimiento santo; y los de ánimo decaído y desconfiados de la Providencia se hallan fortalecidos y conformes con la divina voluntad. En fin, cuantos llegan á las puertas de este gran santuario, al ver la imagen de la Virgen de Montserrat, sienten en sus corazones tal emoción y mudanza, como si de la Tierra pasaran al Cielo. No en vano, pues, en todos tiempos se ha considerado este lugar como *Monte de Dios*, monte fértil, monte santificado por las alabanzas y los encomios incesantes á la Inmaculada siempre Virgen María, Madre de Dios. Y con razón este sagrado templo, llamado *la Perla* del Principado catalán, y que en toda España y en todo el orbe cristiano brilló admirablemente por la frecuencia de peregrinos y por la abundancia de bendiciones celestiales, es considerado como uno de los santuarios más principales de la gloriosa Madre de Dios, en el cual ciertamente varones ilustres en santidad, Juan de Mata, Pedro Nolasco, Vicente Ferrer, Ignacio de Loyola, Luis Gonzaga y muchísimos otros ofrecieron solemnemente sus votos á su muy amantísima Madre, y allí mismo, al pie del altar de la Virgen, pusieron el cimiento á la milicia espiritual que luego emprendieron. Para perpetua memoria de lo que San Ignacio ejecutó en Montserrat, se ve, pendiente del pilar cercano adonde el Santo oró á la Virgen, oon tan singular afecto, la inscripción latina debida á la devoción del que en ella expresa su nombre, la cual, traducida en castellano, dice así: *El bienaventurado Ignacio de Loyola, con larga oración y llanto, se consagró á Dios y á la Virgen. Aquí veló toda una noche, armándose de un saco, como de*

armas espirituales. De aquí salió á fundar la Compañía de Jesús, año 1522. Fray Lorenzo Nieto, abad, dedicó esta inscripción, año 1603.

Allí, los príncipes de España, como también de otras naciones extranjeras, fueron á implorar el poderosísimo patrocinio de la Virgen para combatir á los enemigos de la religión y de la patria, y á depositar valiosos dones y trofeos notables por las victorias obtenidas. Pero más de una vez, en las modernas revueltas políticas, ha padecido mucho el santuario de Montserrat; y especialmente el saqueo é incendio, que en la guerra de la Independencia sufrió por los franceses el monasterio, acabaron con lo que todavía atestiguaba la munificencia de nuestros antepasados, y el saber y trabajo de los artífices y artistas. Los fieles pusieron en seguro la sagrada Imagen durante las revoluciones y las guerras; pero después se ha conseguido reparar algo el templo, viéndose ya restablecido el culto primitivo. El templo consta de una sola nave elegante con seis capillas laterales. El ábside con que remata, es bellísimo. Últimamente se han practicado en este templo algunas restauraciones y el nuevo camarín de la Virgen. Para subir á este santuario, desde Monistrol se ha inaugurado recientemente un ferrocarril de los llamados de cremallera.

En su consecuencia, por virtud de instancias del episcopado y del clero de Cataluña, y también de los municipios de aquella región; en vista de los monumentos de la antigüedad y de la fama universal de este santuario, nuestro actual sumo pontífice León XIII, accediendo benignamente á las preces y súplicas dirigidas á la Sede Apostólica, habiendo oído el parecer de la Congregación de Sagrados Ritos, ha proclamado por Patrona principal de las provincias catalanas á la Virgen Santísima de Montserrat, y concedido que se celebre en su honor todos los años, en la Dominica

próxima siguiente al 25 de Abril, Oficio y Misa propios.

La Misa es en honor de San Marcos, y la oración la que sigue:

iOh Dios, que elevaste á tu santo evangelista Marcos por la gracia de la predicación del santo Evangelio! Concédenos que nos aprovechemos siempre de tu santa doctrina, y seamos protegidos de su poderosa intercesión. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 1 de Ezequiel.

La figura del semblante de los cuatro animales: tenían cara de hombre, y cara de león tenían todos cuatro por su parte derecha; y cara de buey tenían todos cuatro por la parte izquierda sobre los mismos cuatro semblantes de águila; sus caras y sus alas se extendían hacia arriba; dos alas de cada uno de ellos se juntaban, y dos cubrían sus cuerpos. Y cada uno de ellos se movía según la dirección de su semblante; adonde les llevaba el ímpetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvían atrás. Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de éste rayos. Y los animaban y venían á manera de rayos resplandecientes.

REFLEXIONES

En el lenguaje de los profetas todo es enigma, todo misterio. Habla Dios muy de otra manera que los hombres; y la más sabia y más juiciosa inteligencia y penetración de los hombres es sujetarse con respeto y con humildad á la majestuosa oscuridad de la palabra de Dios. ¿Qué concepto haríamos de nuestro Dios, si

solamente pensase y hablase como piensan y hablan los hombres, ó si los hombres pudiesen penetrar y comprender todo lo que Dios piensa y habla? ¡ Oh, y qué prueba tan sensible de la necesidad de la fe es esta infinita desproporción! En Dios todo es sobrenatural, todo superior á la razón; descaminase y se pierde el entendimiento humano, cuando sólo quiere seguir lo que alcanza por sí mismo. Lleno está el mundo de experiencias concluyentes que acreditan esta verdad. Todas cuantas herejías han brotado en todos tiempos, son pruebas y ejemplos que la convencen. La luz del entendimiento humano, en materia de religión, es como aquel fuego fatuo ó como aquellas exhalaciones luminosas y fugaces que se encienden de noche, y sólo sirven para conducir al precipicio á los que se fían de ellas. Ni hay ni puede haber otras antorchas seguras que las luces de la fe; camínase con seguridad yendo delante tales guías. ¿Pudiera Dios instruir al hombre en unas verdades tan sobrenaturales, tan superiores á lo que puede concebir, tan desproporcionadas á las ideas que tiene, sino por medio de las luces de la fe? ¿Pudiera Dios instituir una religión que estuviese exenta de esta humilde sujeción y ciego rendimiento á sus revelaciones y á su divina palabra? ¿Puede haber mayor extravagancia que pretender que un entendimiento tan corto, tan limitado como el nuestro, que ignora la maravillosa estructura de una hojita, de una flor; que no sabe contar los cabellos de la cabeza, quiera erigirse en censor y en juez de las verdades de la religión; que apele de éstas á su tribunal; que condene y repruebe todo lo que no entiende, y que intente que Dios no sepa decir sino lo que él sabe comprender? Pero, si fuere obscura la divina palabra, ¿quién nos declarará su verdadero sentido? Ya proveyó esto el mismo Cristo, comunicando su espíritu á la Iglesia, para que ella sola fuese su legítimo intérprete; fuera de ella, todos los demás son profetas falsos. Una es la verdad, uno es el oráculo, y este único oráculo es la

Iglesia. ¡Dios mío, qué seguro, y, al mismo tiempo, qué breve y qué fácil es este camino de la salvación!

El Evangelio es del cap. 10 de San Lucas.

En aquel tiempo eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de Sí á todas las ciudades y lugares adonde Él había de ir, y les decía: La mies es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe operarios á su hacienda. Id, he aquí que os envío como corderos entre lobos. No llevéis bolsa, ni zurrón, ni sandalias, y no saludéis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entrareis, decid primero: Paz sea á esta casa; y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero, si no, se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y, bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paséis de una casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entrareis y os recibieren, comed lo que os pongan delante, y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el Reino de Dios.

MEDITACIÓN

De la palabra de Dios y de la disposición con que se debe leer y oír.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa más eficaz, no la hay más fuerte que la palabra de Dios. ¿Qué no ha obrado en el orden de la Naturaleza, y qué maravillas no ha hecho en el orden de la gracia? Esta divina palabra fue la que con su divino poder sacó de la nada todo cuanto tiene ser; la que estableció los cielos y dio á la tierra su consistencia y su fecundidad. Por la virtud de esta divina palabra el Sol se para en medio de su carrera, y las aguas se consolidan y se detienen

inmóviles. Habla Cristo, y el mar se humilla, las tempestades calman, y hasta la misma muerte oye y obedece su voz. Pero ¡qué no ha hecho en el orden de la gracia esta palabra omnipotente! ¡Qué milagros más estupendos, qué maravillas más asombrosas!

La sabiduría humana, la razón orgullosa, las pasiones desenfrenadas, la inclinación á los deleites, el amor de la vida, todo cejó, todo se rindió, todo cedió á la omnipotente virtud de la divina palabra. Vióse ya más de una vez que al acabar de oír un sermón, al acabar una lección espiritual, al salir de una meditación, se dejó el trono, se abandonó la corte, se buscó un desierto, y se trocó la púrpura real por un áspero cilicio. Nada ha perdido de su virtud la palabra de Dios, porque ni se envejece ni se debilita. Pues ¿de dónde nace que, siendo tan fecunda como de suyo lo es, parezca el día de hoy tan desvirtuada y tan estéril en el Cristianismo? Nunca se predicaron más sermones, y nunca se vieron menos conversiones. Oyese la palabra de Dios sin disposición; con que no es maravilla que se oiga sin gusto; léese con orgullo, por curiosidad, con espíritu de contradicción, con el corazón preocupado, sin sumisión, sin docilidad, sin respeto. ¡Y después nos admiramos de que se convierta en veneno este excelente alimento!; ¡que este admirable maná se derrita y se corrompa!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que tan pernicioso es no tomar alimento, como tomarle estando en mala disposición. Igualmente se muere de hambre que de enfermedad. ¿Oyese la palabra de Dios como palabra de Dios? Preguntémoselo al ansia que se tiene de oír, al respeto y á la docilidad con que se oye. ¡Cuántos van á oír sólo por formar juicio de los talentos y de la habilidad del que predica! Se hace vanidad de la misma resistencia, sólo por acreditarse de mejor y más delicado gusto. Cuando hace alguna fuerza el sermón, se piensa

que todo está ya hecho, y, sin embargo, se puede decir que nunca nos resta más por hacer. Algunos van á oír la palabra de Dios sólo por oír al predicador; esto es, no tienen otro motivo para asistir al sermón sino el estar convidados: van por bien parecer, por atención, por costumbre ó por pasar una hora de tiempo; vase también por empeño, por parcialidad, y tal vez por pura adulación, lisonja ó complacencia. Los motivos de aquellas damas que sólo van al sermón por dejarse ver, por brillar y por lucirse; los de aquellos disolutos de tan poca religión; los de aquellos ociosos que sólo se mueven por humor ó por capricho; los motivos de todas estas personas tan poco cristianas, ¿son siempre muy espirituales, son muy puros?

i Ah, Señor, y cuánto he perdido yo! i Y qué motivos de dolor me he fabricado a mí mismo! Sólo con consultar el fruto que he sacado de vuestra divina palabra, me basta para comprender cuánto he perdido y cuánto tengo que llorar. Si basta sepultar el talento para condenar á un deudor negligente y perezoso, ¿qué deberé pensar yo de lo que os debo? Dadme tiempo, Señor, dadme tiempo; que, con vuestra divina gracia, yo sabré aprovecharme también de vuestra divina palabra; yo negociaré tanto con este celestial tesoro, que todo os lo pagaré.

JACULATORIAS

Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la practican.— *Luc*, 11.

Tu palabra es luz que me dirige y linterna que me alumbra.— *Ps*. 118.

PROPÓSITOS

1. La palabra de Dios es omnipotente. Habló Dios y

todo le obedeció. Hasta la nada, por decirlo así, oyó su voz y no pudo resistirse ¿ sus preceptos. ¿Qué virtud no tiene esta divina palabra aun en la boca misma de los hombres? Hace que las ondas se endurezcan y se consoliden debajo de los pies; hace que los más duros peñascos broten agua en abundancia; hace que se abran los sepulcros y que vomiten vivos á los que tragaron, cadáveres. Toda la naturaleza enmudece, todo calla cuando habla Dios, y su voz jamás se debilita. Pues ¿de dónde nace que esta divina palabra, cuya virtud nunca se envejece, sea hoy tan poco eficaz, y que la voz de Dios, que se hace oír hasta en los abismos, que trastorna los más empinados, los más robustos cedros del Líbano, pueda, al parecer, penetrar el corazón del hombre ni abatir su orgullo? Dios predica, Dios habla, Dios amenaza; pero ¿quién se convierte? ¿De dónde proviene esta impía resistencia de nuestros corazones? Proviene de que se oye la palabra de Dios sin docilidad; de que se asiste á los sermones con mala disposición. Cae este misterioso grano ó en medio del camino, y le pisan los pasajeros; ó en tierra pedregosa, y se seca por falta de jugo; ó entre zarzales y espinas, y éstas le sofocan; es muy poco el que cae en buena tierra. Examina cuál de estas parábolas te comprende. Tu corazón es esta tierra; pero ¿es acaso la tierra del camino real por donde todos pasan? ¿Es la tierra pedregosa? ¿Es la que está llena de las espinas que brotan las pasiones? ¿Con qué disposición vas á oír el sermón?

2. Es la Sagrada Escritura la palabra de Dios pura y neta. ¡Qué indignidad es leerla sin atención, sin devoción y sin respeto! ¡Qué impiedad abusar de ella para burlas, para chanzonetas, para aplicaciones profanas! Desde el principio de la Iglesia se valió el demonio de todos los herejes para corromper el sagrado texto. Ellos gritaban y publicaban en todas partes que aquélla era la palabra de Dios. De aquí nació aquella tropa de espíritus ligeros

ó corrompidos, que en todos tiempos corrieron á engrosar el partido de los herejes. Ninguna herejía ha habido en que no haya reinado el fanatismo; habla la pasión, el orgullo y la disolución, y ella grita que es Dios el que habla. Sola la Iglesia conserva la palabra pura de Dios; nunca leas otros libros que los que ella autoriza ó no condena, y procura informarte de un sabio y santo director qué libros podrás leer sin peligro. No sin razón ha prohibido tantas veces la Iglesia en sus concilios que se traduzca la Sagrada Escritura en lengua vulgar sin notas. No la leas en esta lengua sin licencia, y léela siempre con devoción y con mucho respeto. Muchos santos la leían de rodillas y con la cabeza descubierta, ¡ Oh, y cuánto es de temer que este prurito, que tienen de leer la Sagrada Escritura tantos ignorantes y tantos cortísimos entendimientos, no nazca del enemigo de la salvación y del espíritu de orgullo!